

N

Tras el saqueo somocista, el terremoto y la guerra, la tarea no es fácil. Los sandinistas han encontrado las ruinas de un país sin escuelas ni hospitales, sin cloacas ni agua potable, donde muere un niño por cada cinco que nacen. En la foto, miembros del FAPU instalan el busto de Augusto Sandino en una plaza de Managua, tras el triunfo de la revolución.



NICARAGUA

EN EL PRIMER DIA DE LA CREACION

Para llegar a Nicaragua pase, por favor, por el aeropuerto de Miami. No creo que haya mejor ruta para acercarse a una revolución descalza. Pase usted unas horas en el aeropuerto de Miami y asómese al chillón paraíso de los millonarios latinoamericanos y de la clase media que quiere y no puede, pero hace como que puede.

1 Este es el santuario de los dictadores y sus matones, incesante festival del consumismo y el mal gusto, centro de la cultura universal del plástico y la lata y las maquinitas de producir emociones. Siéntese y mire, que vale la pena. Vea a los hombres que son o han sido amos de otros hombres, arrodillándose ante las cosas. Son altares las vidrieras de los comercios. Las cosas compran gente. El que no se vende, se alquila.

En la televisión, a mi paso por el aeropuerto de Miami, veo la propaganda electoral. Carter alza una muralla ante la ofensiva avasallante de Reagan: una muralla, una sonrisa segura, primer plano, color, dientes: «¡Nosotros todavía somos», afirma, «los más poderosos de la tierra!»

2 El aeropuerto de Managua se llama, ahora, Augusto César Sandino. La carretera que conduce a la ciudad está pavimentada de adoquines. Nunca había visto una carretera así. Comento que parece de la época colonial. Sí, me dice Lizandro Chávez Alfaro. Son de la época colonial, o sea, de ayer, o sea, de Somoza. El dictador fabricaba estas piedras y se las vendía al estado. Un buen negocio que se

volvió contra él: con estas piedras el pueblo levantó las barricadas.

Pocos automóviles. En las placas, se lee: «Nicaragua libre». A los bordes de la carretera, banderas sandinistas y carteles de *Fanta* y *Citizen* y carteles de la revolución. En la propaganda de la reforma agraria, la frase de un agitador campesino torturado y asesinado por Somoza: «No somos aves para vivir del aire. No somos peces para vivir del mar. Somos hombres para vivir de la tierra.» Ruinas de bombardeos. Casas de emergencia alzadas entre vastos espacios verdes: barracas de madera con techos de cinc. Desde el avión había visto muchos techos de cinc relumbrando y había imaginado a la pobre gente friéndose en sus casas bajo el sol rajante.

Estamos en el puro campo cuando los amigos dicen:

—Ya llegamos.

—¿Adónde?

—A Managua.

Estamos en Managua. Después del terremoto y de la guerra, Managua es esta inmensa ruina o gran campamento alzado en el verdor.

En 1972, la tierra se sacudió como un caballo furioso, onduló y trepidó y desmoronó la ciudad. Desde Panamá, volaron los *marines* a proteger a Somoza, los mismos *marines* que 35 años antes

habían instalado a su padre en el trono. Somoza se hizo cargo de la situación. Fundó una empresa de demoliciones y compró la mayor empresa de construcciones. El dictador tenía buen ojo como hombre de negocios. El jefe de estado firmaba contratos consigo mismo. Llamaba a Nicaragua «mi finca». Su patria era su patrimonio. De todo el mundo llegó ayuda, que aumentó su fortuna. «Yo soy de centro-izquierda» —dijo en aquellos días. Doce mil muertos costó el terremoto, según las cifras oficiales. Trescientas mil personas quedaron sin techo.

Después, vino la guerra. La revolución cobró más vidas humanas que el corcoveo de la tierra y ahora, en el centro de Managua, que es un baldío gigantesco, los niños juegan con tanquetas abandonadas. En el campanario de la catedral, un cascarón chueco y vacío, el reloj marca todavía la hora de la catástrofe, las doce y media pasadas, y el frente luce una inmensa imagen de Sandino.

El terremoto y luego la guerra. La naturaleza se había anticipado a la historia. La había anunciado.

3 El dictador era loco por los baños y los espejos. Dieciséis baños tenía la casa que ocupaba antes de refugiarse en el búnker. Uno de esos baños sirve ahora de despacho a la viceministro de Cultura. El despacho del ministro tiene dos baños. Los grifos del lavatorio son águilas de bronce. En el escritorio del ministro, el poeta Ernesto Cardenal, yace la punta de la cola del caballo de bronce del viejo Somoza. Mu-

chos años antes de la revolución, el poeta habría profetizado que el pueblo derribaría esa estatua.

También en el ministerio de Cultura, en el jardín de la casa de Somoza, la naturaleza se anticipó a la historia. Una mañana, apareció caído el chilamate, un árbol gigantesco que reinaba en el jardín dando enorme sombra. El chilamate se arrancó a sí mismo de cuajo y quedó derribado en el jardín, con sus raíces al aire, mientras Enrique, el guacamayo, chillaba desde la jaula. Dos días después, acibillaron a Somoza en Asunción del Paraguay.

—¿Quién lo mató? —preguntaron los periodistas a Tomás Borge, ministro del Interior y fundador del Frente Sandinista.

—Fuenteovejuna —contestó Tomás Borge.

4 Pero no era esa casa, sino el búnker, el más perfecto símbolo del sistema. En el búnker vivió Somoza sus últimos tiempos en Nicaragua. El garaje está al lado del dormitorio y los baños tienen teléfono. Entre plantas de plástico y muchos espejos, el dictador leía «El ministerio de la bondad», por Elena G. de White, los últimos best-sellers norteamericanos y el «Management Information Systems Hand-book». Afuera ardía el mundo, pero el búnker era una estructura de acero a prueba de sonidos, un gran ataúd forrado de terciopelo donde no se escuchaba la lluvia ni los gritos ni los tiros. «Hay que estimular el turismo», ordenaba el dictador en plena guerra.

5 Guerra de palos y piedras y hondas y bombas caseras. «Mirá», me dicen en Estelí, en León, en Masaya: «Tienen viñuela las casas, por la tiradera.» Un premio al que encuentre una pared que no haya sido mordida por las balas; y entre las paredes en pie, están los vastos agujeros que dejaron los rockets y las bombas.

En el barrio de Monimbó, en Masaya, que se alzó y peleó hasta el final, hubo muchos muertos. Dos meses después de la victoria,

los sobrevivientes salieron de las ruinas para celebrar la fiesta del Toro venado. Estalló la alegría como había estallado la rebelión. El Diablo dirigía el tráfico y desfilaron, entre tragos y risas, las carrozas improvisadas con cañas y palmas y lo que hubiera. Una carroza mostraba la fabricación de bombas caseras en piedras de moler maíz. «La muerte no es más que un momento de disgusto», había dicho Sandino, «y no vale la pena tomarla en serio».

Augusto César Sandino había sido asesinado por el viejo Somoza, el primero de la dinastía, cuarenta y cinco años antes. La dictadura prohibió su nombre y su imagen. El que fue héroe de la resistencia nacional y voz de los pobres, se escapó del cementerio.

6 Tras el saqueo, el terremoto y la guerra, la tarea no es fácil. Los sandinistas han encontrado las ruinas de un país sin escuelas ni hospitales, sin cloacas ni agua potable, enfermo de tuberculosis y malaria y donde muere un niño por cada cinco que nacen.

«El primer paso fue la disolución de la guardia somocista», me explica el novelista Sergio Ramírez, de la Junta de Gobierno. «No dejamos ni la banda de música.» En seguida, las nacionalizaciones. El país hizo suyos, por primera vez, los recursos básicos y las ganancias que generan. «No era numerosa la mafia de los ladrones consumidores. Unos veinticinco mil, que ahora están en Miami. Vivían como en Miami y tenían allá su chalet listo, porque sabían que allá terminarían.» Grandes extensiones de tierras y bosques, de Somoza y los suyos, pasaron a manos del estado, y lo mismo ocurrió con buena parte de las industrias. Las empresas extranjeras perdieron las minas de oro y plata, el ahorro nacional, los seguros y el comercio exterior.

Pero la revolución está en el primer día de la Creación. «Re-cién empezamos. Está todo por hacer», me dice Tomás Borge, y entrecierra los ojos, como haciendo puntería: «Vendemos el algodón y compramos el hilo.

Gastamos divisas en petróleo y tenemos disponible la energía de los ríos y los volcanes. Necesitamos, por lo menos, por decirte una cifra bien bajita, doscientas mil casas con urgencia. ¿Cuántas podemos construir? Con suerte, 35 mil.»

Una revolución pobre, en un país pobre. La agencia de prensa Nueva Nicaragua nació el día en que un grupo de periodistas andaba por el mercado de Managua. Alguien anunciaba a los gritos «una máquina de escribir con teléfono».

—¿Cuánto vale eso?

Entre todos, juntaron la plata, el equivalente de cincuenta dólares, y se llevaron el télex.

7 Una revolución joven. No han cumplido treinta años, en su mayoría, los comandantes, los ministros y vices-ministros. Son todavía niños los soldados sandinistas que montan guardia.

Dos soldados conversan a la puerta de un ministerio. Sergio Ramírez acaba de denunciar que hay pruebas del financiamiento externo del motín de Bluefields y de las bandas armadas. Un soldado comenta, pregunta:

—¿Y por qué no les declaramos la guerra a los Estados Unidos?

El otro soldado responde, niega: —Estás loco. Ellos son como 250 millones.

—Ah. No podemos.

—No. No podemos.

—Ah.

Y al rato:

—¿Y por qué no podemos?

—¿Pero no ves que no tenemos dónde meter tanto preso?

El país será de todos, la revolución ya es. Orgullosos de su tierra, los nicas se echan a caminar con sus propios pies. En León, en un paisaje de ruinas donde el aire huele todavía a quemado, un estudiante me dice:

—Qué suerte tienes. ¡Cómo me gustaría ser de otro lugar para venir a conocer este país!

Nicaragua en estado de asamblea. El pueblo se organiza, discute, decide. «El que calla las críticas», advierte el comandante Daniel Ortega, «se hace cómplice de



Una revolución joven: no han cumplido treinta años los comandantes y ministros, son todavía niños los soldados sandinistas que montan guardia. En la foto, fiesta popular por la liberación de Managua. Era el mes de julio de 1979.

los errores». Y es el propio ministro del Interior, el comandante Tomás Borge, el primero en denunciar públicamente los abusos y las arbitrariedades que se cometen.

8 Ya anda cerca de los 90 años el campesino que va a buscar al cura y le dice:

-Padre, quiero casarme con un hada.

El viejo pide al cura que se la bautice antes, para que el hada se haga de carne y hueso; y el sacerdote dice que si el hada no se materializa, él no la puede bautizar.

-Dígale que si ella no se hace persona, no hay caso.

-¿Y cómo hago? Hace años que me acompaña, pero nunca me habló.

-Explíqueme que sus intenciones son honestas.

-Si la viera, padre. Es tan hermosa...

El sacerdote jesuita Alejandro von Rechnitz cuenta en *Barricada*, el diario de los sandinistas, sus experiencias en la alfabetización. El estuvo alfabetizando en un pueblito lejano, aislado por el monte y por las lluvias de diez días, donde llegan, los que llegan, de a caballo. Vio niños pálidos y barrigones, «verdaderos zoológicos ambulantes, que podría exhibir

con orgullo un coleccionista de parásitos», niñas calvas por la sarna infectada, hombres y mujeres que parecen espectros y hasta una joven que se dio a sí misma por muerta aniquilándose en una cama.

La campaña de alfabetización fue fulminante. Más de la mitad de los nicaragüenses no sabía leer ni escribir. En cinco meses, se redujo el analfabetismo al doce por ciento. Se emprende ahora la alfabetización en lenguas: en miskito, la lengua indígena del este del país, y en inglés, que es el idioma de la población negra de la costa del Caribe. Del 12 por ciento, pues, quedarán no más que los que son tan cortos de vista «que no ven a tres en un burro». *La revolución*. Esas fueron las dos palabras claves en el trabajo de los alfabetizadores. Tienen todas las vocales.

9 Por primera vez, Nicaragua emprende la tarea de la unidad nacional. La alfabetización permitió que, en gran medida, el país empezara a descubrirse a sí mismo. De los campos, las selvas y las montañas regresaron los muchachos a las ciudades. Trajeron nuevas sabidurías, aprendieron mucho; y trajeron también parásitos intestinales, malaria y una piel convertida en co-

lador por los mosquitos, las pulgas y las garrapatas. «Comprendo el horror de algunos capitalinos», escribe el padre von Rechnitz. «Lo que no comprendo es por qué los horroriza que sus hijos pasen unos meses en estas condiciones y no que el 70 por ciento de los nicaragüenses haya vivido en ellas toda su vida.» Y agrega: «Es una vergüenza para el cristianismo de este país no haber impedido que tal injusticia se cometa durante más de 400 años.»

10 El oriente de Nicaragua —costa del Caribe o costa atlántica— ha vivido siempre al margen del resto del país. Ese *otro mundo* es, ahora, la zona más vulnerable. La población de la costa atlántica no participó en la larga lucha contra Somoza; y selva adentro hay gente que ni siquiera sabe que hubo en Nicaragua dictadores que se llamaban así. En Bluefields estalló un motín a fines de septiembre contra los maestros y los médicos cubanos que están trabajando en la región. De los 2.000 maestros y 300 médicos que ha enviado Cuba, la mayoría actúa en los lugares más inhóspitos y más inaccesibles. Muchos están en la región atlántica. «¿Están locos?», respondió Tomás Borge por televisión. «¿Están locos? En este país donde la escuela ha sido un lujo y donde tenemos una mortalidad infantil aterradora, ¿creen que vamos a echar a los maestros y los médicos cubanos que vienen a dar todo sin pedir nada?»

11 Si es difícil la costa de habla inglesa, más difícil es la región indígena, que abarca la costa y la selva. Los indios miskitos llaman «españoles»

"Las cuatro estaciones"
(15 de setiembre -
15 de diciembre de 1980)

EL LIBRO DE ESTE OTOÑO

Pájaro de celda (JAILBIRD)

de Kurt Vonnegut

PW hardcover best sellers

October 22, 1979

Compiled from large-city bookstores, bookstore chains and local best seller lists across the U.S.

Fiction

1. *Jailbird*, Kurt Vonnegut. Delacorte Press/Seymour Lawrence. \$9.95. ISBN 0-440-05418-4

PW hardcover bestsellers

January 11, 1980

Compiled from large-city bookstores, bookstore chains and local best seller lists across the U.S.

Fiction

1. *Jailbird*, Kurt Vonnegut. Delacorte Press/Seymour Lawrence. \$9.95. ISBN 0-440-05418-4

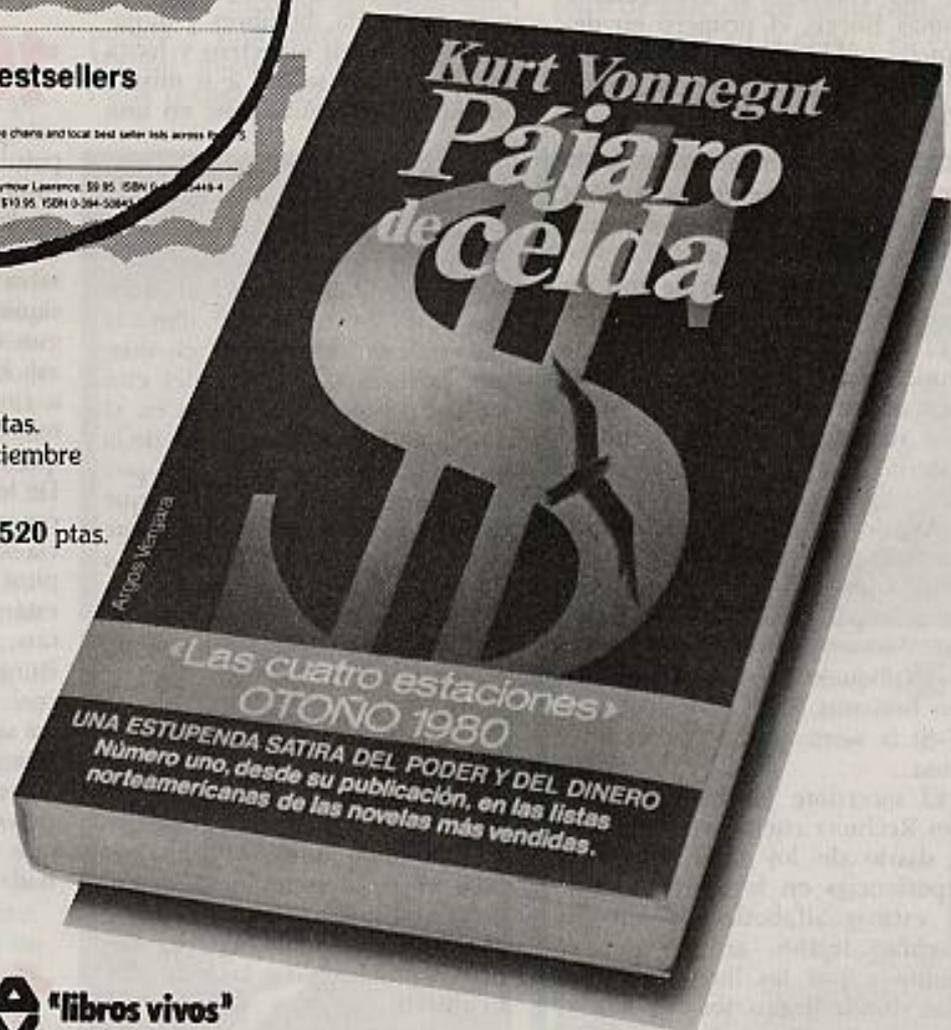
2. *Smyley's People*, John le Carré. Knopf. \$13.95. ISBN 0-394-50843-1

Número Uno durante meses de los libros más vendidos en los Estados Unidos, esta deliciosa sátira del poder y del dinero es la más reciente novela de un autor al que Graham Greene califica como "uno de los mejores escritores norteamericanos vivos".

Precio de venta: 335 ptas.
(sólo hasta el 15 de diciembre
de 1980)

A partir de esta fecha: 520 ptas.
¡Ahorre 185 ptas.!

Y sorteo de
UN MILLON
de pesetas en libros.
Las instrucciones
figuran en el ejemplar.



argos-vergara  "libros vivos"

NICARAGUA

a los demás nicaragüenses y tienen un miedo y una desconfianza muy antiguos y legítimos.

En la frontera con Honduras, sobre el río Coco, se pone en marcha la alfabetización en lengua indígena. Lluve como en un cuento de García Márquez. Siempre llueve: llueve nueve meses seguidos cada año. Las lluvias se han llevado 24 puentes. No se podrá reconstruirlos hasta que venga el breve tiempo seco. No faltan solamente puentes por aquí. De cada diez nativos, nueve no saben leer ni escribir. No hay hospitales, pero sobran enfermedades. No hay caminos, ni vehículos, ni combustible para los vehículos. Las casas de bambú y techos de palma no tienen pozos negros ni pararrayos. Primera etapa: cavar pozos negros, instalar pararrayos, explicar que es preciso hervir el agua antes de beberla. Primera etapa: enseñar a los miskitos a leer y a escribir en su lengua.

El ministro de la costa atlántica, el comandante William Ramírez, participa de la gran asamblea, habla, escucha, discute: «Hemos cometido muchos errores... Aprendemos del diálogo con las comunidades. El problema no es de razas, ni de colores. La revolución se ha hecho para transformar al hombre...»

En su lengua, los indígenas debaten sus problemas. Cuando no pueden explicar una situación, la teatralizan. Se improvisan actores y ahí está un barco a motor navegando por el río, porque en balsa o en canoa lleva diez días traer los bananos desde algunas aldeas. Otro mimo eficaz explica que muchos se han gastado en tragos el dinero para la siembra del frijol; y una muchacha muestra cómo terminan de putas las indias que emigran río abajo.

Habla Ernesto Cardenal: «Estamos descubriendo nuestra identidad, hecha de diversas culturas, como la cultura de ustedes. Estamos aprendiendo». Explica que los alfabetizadores recogerán mitos, leyendas, tradiciones y testimonios de la historia reciente, danzas y cantos.

Por unanimidad, la asamblea le pide una guitarra.

Noviembre 1980

12 «Nosotros estamos prestados aquí, ahorita. Serán ellos mismos los que resolverán sus problemas», me dice, en Waspan, uno de los coordinadores de la alfabetización. Se llama Fabio, es de Masaya, tiene 23 años y no conoce a la hija que le nació hace 11 meses.

—¿Hace un año que no vas a Masaya?

No me contesta con un discurso.

—Así son estas cosas, pues —dice.



Tomás Borge, ministro del Interior y fundador del Frente Sandinista: «Recién empezamos. Está todo por hacer.»

13 La misma humildad tiene Tomás Borge, aunque ha peleado durante 20 años y tiene edad para ser el padre de ese muchacho de Waspan. En cierto modo, es el padre de todos esos muchachos que están cambiando el país. Me muerdo las ganas de felicitarlo. El siempre recuerda y aplica una frase de Carlos Fonseca Amador, también fundador del Frente Sandinista, muerto por la dictadura:

—Hay que criticar mirando a los ojos y hay que elogiar por la espalda.

Imprevisto lector de Juan Carlos

Onetti, Tomás Borge me pregunta por él. Y me cuenta que no bien lo designaron ministro del Interior, buscó su propio expediente en los archivos de la policía; pero dentro del expediente, que hacía mucho bulto, no encontró lo que quería. Buscó y buscó pero no encontró. Buscaba un papel. En el papel, él había escrito algo que ya no recordaba y que ahora le gustaría tener. Al cabo de una eternidad de palizas y preguntas, los guardianes de

Somoza le habían dado un papel para que confesara por escrito. En ese papel, Tomás Borge escribió un poema a la hija, que llevaba poco de nacida.

14 José Coronel Urtecho escribe: «Ni siquiera lo que era es ya como era.»

Los pintores primitivos de Somentiname, que anunciaron el paraíso, empiezan a construirlo.

Y la escritora Gioconda Belli recuerda lo que le dijo una niña de nueve años: «Yo, en las venas, en vez de sangre tengo alegría».

E. G. ●